





El complot mongol

A*





Rafael Bernal
El complot mongol

Prólogo de Yuri Herrera

Posfacio de Élmer Mendoza



Libros del Asteroide 

Primera edición en Libros del Asteroide, 2013

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

© Rafael Bernal, 1969

© del prólogo, Yuri Herrera, 2013

© del posfacio, Élmer Mendoza, 2013

© de esta edición, Libros del Asteroide S.L.U.

Publicado por Libros del Asteroide S.L.U.

Avió Plus Ultra, 23

08017 Barcelona

España

www.librosdelasteroide.com

ISBN: 978-84-15625-60-5

Depósito legal: B. 21.671-2013

Impreso por Reinbook S.L.

Impreso en España – Printed in Spain

Diseño de colección y cubierta: Enric Jardí

Este libro ha sido impreso con un papel ahuesado, neutro y satinado de ochenta gramos, procedente de bosques correctamente gestionados y con celulosa 100 % libre de cloro, y ha sido compaginado con la tipografía Sabon en cuerpo 11.

Índice

PRÓLOGO DE YURI HERRERA	IX
EL COMLOT MONGOL	
1	3
2	21
3	61
4	103
5	151
6	199
POSFACIO DE ÉLMER MENDOZA	231



Prólogo



Pinche gente, Rafael Bernal

En 1969 apareció por primera vez *El complot mongol*, de Rafael Bernal, una novela que cuenta la historia de Filiberto García, policía mexicano que debe colaborar con un agente de la KGB y otro del FBI para evitar un atentado contra el presidente de Estados Unidos durante su visita a México. La novela no fue un éxito comercial, ni de crítica, ni recibió la atención de la academia. Pero tuvo lectores. Pocos, al principio, pero fieles, memoriosos, compartidos. Y sobrevivió en esos pocos ejemplares de su primera edición, de mano en mano, durante décadas. Hace unos años volvió a reeditarse en México y nuevas generaciones han podido apreciar no solo cómo la novela registró el estado moral de su tiempo, sino por qué no ha envejecido: su corrosivo sentido del humor, su visión lúcida y despiadada de los hombres del poder.

Rafael Bernal nació en la Ciudad de México el 28 de junio de 1915, en plena Revolución, y murió en Berna, Suiza, el 17 de septiembre de 1972. Presenció la construcción del Estado moderno, sus múltiples promesas, las transformaciones radicales que experimentó el país

y las decepciones que las acompañaron. Militó brevemente dentro del sinarquismo, y aunque luego lo abandonó, mantuvo una postura crítica durante el resto de su vida. Incursionó en casi todos los géneros: periodismo, ensayo, guion, poesía, cuento, novela. De su etapa sinarquista destaca la novela *Su nombre era muerte*, la historia de un hombre que se recluye en la selva, donde aprende a comunicarse con los mosquitos y descubre que tienen un «sistema político» curiosamente parecido a aquel contra el que en ese entonces militaba Bernal. Quizá porque fue, en sus temas y en su versatilidad, un escritor atípico, quizá por sus posturas políticas, Bernal no gozó del reconocimiento que merecía. Emigró de México, incursionó en la diplomacia y murió tres años luego de publicar *El complot mongol*.

Aparecida apenas unos meses después del 2 de octubre de 1968, cuando fuerzas de un gobierno que aún se hacía llamar revolucionario masacraron en la plaza de Tlatelolco a estudiantes que pedían cambios democráticos, *El complot mongol* daba cuenta de algo que la historia oficial tardó mucho tiempo en reconocer: el fin del «milagro mexicano», la podredumbre del régimen y el ascenso de una clase política dispuesta a ejercer la violencia sin mancharse las manos. Pero la novela es mucho más que una crítica doméstica. Filiberto García es un tipo que no cree en nada, que no se asusta con casi nada, pero aún así puede ver la diferencia entre él y esos otros asesinos, «el gringo y el ruso». Él será lo que sea, pero no va por el mundo dándose las de bueno después de matar a quien le ordenan. Es un policía siniestro que no justifica su lado oscuro, y que solo se convertirá en un sujeto ético, a pesar de sí mismo, a golpes de ternura.

Filiberto García no cree en la Verdad, ni en la Justicia, a la usanza del policial clásico. Tiene claro que el orden es tan criminal como los que atentan contra él; lo que descubre es que vale la pena cambiar de lado. Y todo lo cuenta Bernal con un ritmo hipnótico, el ritmo de la maledicencia que crea su propio significado: los pinches rusos y los pinches gringos y la pinche conspiración de la pinche Mongolia Exterior aparecen lejos del cuerpo de Filiberto, como algo que importa menos que sus apetitos y su desvelo.

Es una gran noticia que *El complot mongol* vuelva a ser publicado, ahora en España. Es una novela que, por sus méritos literarios, se ha convertido en objeto de culto para muchos escritores en el México de hoy (entre los que me cuento), pero además creo que puede servirle a los lectores españoles como una lente, precisa e implacable, con la cual mirar su propio caos nacional.

YURI HERRERA



El complot mongol



A las seis de la tarde se levantó de la cama y se puso los zapatos y la corbata. En el baño se echó agua en la cara y se peinó el cabello corto y negro. No tenía por qué rasurarse; nunca había tenido mucha barba y una rasurada le duraba tres días. Se puso una poca de agua de colonia Yardley, volvió al cuarto y del buró sacó la cuarenta y cinco. Revisó que tuviera el cargador en su sitio y un cartucho en la recámara. La limpió cuidadosamente con una gamuza y se la acomodó en la funda que le colgaba del hombro. Luego tomó su navaja de resorte, comprobó que funcionaba bien y se la guardó en la bolsa del pantalón. Finalmente se puso el saco de gabardina beige y el sombrero de alas anchas. Ya vestido volvió al baño para verse al espejo. El saco era nuevo y el sastre había hecho un buen trabajo; casi no se notaba el bulto de la pistola bajo el brazo, sobre el corazón. Inconscientemente, mientras se veía en el espejo, acarició el sitio donde la llevaba. Sin ella se sentía desnudo. El Licenciado, en la cantina de La Ópera, comentó un día que ese sentimiento no era más que un complejo de inferioridad, pero el Licenciado, como siempre, estaba

borracho y, de todos modos, ¡al diablo con el Licenciado! La pistola cuarenta y cinco era parte de él, de Filiberto García; tan parte de él como su nombre o como su pasado. ¡Pinche pasado!

De la recámara pasó a la sala-comedor. El pequeño apartamento estaba immaculado, con sus muebles de Sears casi nuevos. No nuevos en el tiempo, sino en el uso, porque muy poca gente lo visitaba y casi nadie los había usado. Podía ser el cuarto de cualquiera o de un hotel de mediana categoría. No había nada allí que fuera personal; ni un cuadro; ni una fotografía; ni un libro; ni un sillón que se viera más usado que otro; ni una quemadura de cigarro o una mancha de copa en la mesa baja del centro. Muchas veces había pensado en esos muebles, lo único que poseía aparte de su automóvil y el dinero bien guardado. Cuando se mudó de la pensión, una de tantas donde había vivido siempre, los compró en Sears; los primeros que le ofrecieron, y los puso como los dejó el empleado que los llevó y colocó también las cortinas. ¡Pinches muebles! Pero en un apartamento hay que tener muebles, y cuando se compra un edificio de apartamentos, hay que vivir en uno de ellos. Se detuvo frente al espejo de la consola del comedor y se ajustó la corbata de seda roja y brillante, así como el pañuelo de seda negra que llevaba en la bolsa del pecho, el pañuelo que olía siempre a Yardley. Se revisó las uñas barnizadas y perfectas. Lo que no podía remediar era la cicatriz en la mejilla, pero el gringo que se la había hecho tampoco podía remediar ya su muerte. ¡Vaya lo uno por lo otro! ¡Pinche gringo! ¿Conque era muy bueno para el cuchillo? Pero no tanto para los plomazos. Y le llegó su día allí en Juárez. Más bien fue su

noche. Eso le ha de enseñar a no querer madrugar cristianos en la noche, que no por mucho madrugar amanece más temprano, y a ese gringo ya no le va a amanecer nunca.

La cara oscura era inexpresiva, la boca casi siempre inmóvil, hasta cuando hablaba. Solo había vida en sus grandes ojos verdes, almendrados. Cuando niño, en Yurécuaro, le decían el Gato, y una mujer en Tampico le decía mi Tigre Manso. ¡Pinche Tigre Manso! Pero aunque los ojos se prestaban a un apodo así, el resto de la cara, sobre todo el rictus de la boca, no animaba a la gente a usar apodos con él.

En la entrada del edificio el portero lo saludó marcialmente:

— Buenas tardes, mi capitán.

Este maje se empeña en decirme capitán, porque uso traje de gabardina, sombrero texano y zapatos de resorte. Si llevara portafolios me diría licenciado. ¡Pinche licenciado!, y ¡pinche capitán!

La noche empezaba a invadir de grises sucios las calles de Luis Moya, y el tráfico, como siempre a esas horas, era insoportable. Resolvió ir a pie. El Coronel lo había citado a las siete. Tenía tiempo. Anduvo hasta la avenida Juárez y torció a la izquierda, hacia el Caballito. Podía ir despacio. Tenía tiempo. Toda la pinche vida he tenido tiempo. Matar no es un trabajo que ocupa mucho tiempo, sobre todo desde que le estamos haciendo a la mucha ley y al mucho orden y al mucho gobierno. En la Revolución era otra cosa, pero entonces yo era muchacho. Asistente de mi general Marchena, uno de tantos generales, segundón. Un abogadito de Saltillo dijo que era un general pesetero, pero el abogadito ya está

muerto. No me gustan esos chistes. Bien está un cuento colorado, pero en lo que va a los chistes, hay que saber respetar, hay que saber respetar a Filiberto García y a sus generales. ¡Pinches chistes!

Sus conocidos sabían que no le gustaban los chistes. Sus mujeres lo aprendían muy pronto. Solo el Licenciado, cuando estaba borracho, se atrevía a decirle cosas en broma. Es que a ese pinche Licenciado como que ya no le importa morir. Cuando tiraron la bomba atómica en Japón me preguntó muy serio, allí frente a todos: «De profesional a profesional, ¿qué opina usted del presidente Truman?». Casi nadie se rio en la cantina. Cuando yo estoy allí casi nadie se ríe, y cuando juego al dominó tan solo se oye el ruido de las fichas que golpean el mármol de la mesa. Así hay que jugar al dominó, así hay que hacer las cosas entre hombres. Por eso me gustan los chinos de la calle de Dolores. Juegan su pocarito y no hablan ni andan con chistes. Y eso que tal vez Pedro Li y Juan Po no saben quién soy. Para ellos soy el honorable señor García. ¡Pinches chales! A veces parece que no saben nada de lo que pasa, pero luego resulta como que lo saben todo. Y uno allí haciéndole al importante con ellos y ellos viéndole la cara de majete, pero eso sí, muy discretitos. Y yo como que les sé sus negocios y sus movidas. Como lo de la jugadita y como lo del opio. Pero no digo nada. Si los chinos quieren fumar opio, que lo fumen. Y si los muchachos quieren mariguana, no es cosa mía. Eso le dije al Coronel cuando me mandó a Tijuana a buscar a unos cuates que pasaban mariguana a Estados Unidos. Eran mexicanos unos y gringos los otros, y dos de ellos se alcanzaron a morir. Pero hay otros que siguen pasando la mariguana

y los gringos la siguen fumando, digan lo que digan sus leyes. Y los policías del otro lado presumen mucho del respeto a la ley y yo digo que la ley es una de esas cosas que está allí para los pendejos. Tal vez los gringos son pendejos. Porque con la ley no se va a ninguna parte. Allí está el Licenciado, gorreando las copas en la cantina y es aguzado para la ley. «Si caes, él te saca de cualquier lío.» Pero yo no caigo. Una vez caí, pero allí aprendí. Para andar matando gente hay que tener órdenes de matar. Y una vez me salí del huacal y maté sin órdenes. Tenía razón para matarla, pero no tenía órdenes. Y tuve que pedir las de arriba y comprometerme a muchas cosas para que me perdonaran. Pero aprendí. Eso fue en tiempos de mi general Obregón y tenía yo veinte años. Y ora tengo sesenta y tengo mis centavos, no muchos, pero los bastantes para los vicios. ¡Pinche experiencia! Y ¡pinches leyes! Y ahora todo se hace con la ley. De mucho licenciado para acá y licenciado para allá. Y yo ya no cuento. Quítese viejo pendejo. ¿En qué universidad estudió? ¿A qué promoción pertenece? No, para hacer esto se necesita tener título. Antes se necesitaban huevos y ora se necesita título. Y se necesita estar bien parado con el grupo y andar de cobero. Sin todo eso la experiencia vale una pura y dos con sal. Nosotros estamos edificando México, y los viejos para el hoyo. Usted para esto no sirve. Usted solo sirve para hacer muertos, muertos pinches, de segunda. Y mientras, México progresa. Ya va muy adelante. Usted es de la pelea pasada. A balazos no se arregla nada. La Revolución se hizo a balazos. ¡Pinche Revolución! Nosotros somos el futuro de México y ustedes no son más que una rémora. Que lo guarden por allí, donde no se vea, hasta que lo volva-

mos a necesitar. Hasta que haya que hacer otro muerto, porque no sabe más que de eso. Porque nosotros somos los que estamos construyendo a México desde los bares y coctel lounges, no en las cantinas, como ustedes los viejos. Aquí no se puede entrar con una cuarenta y cinco, ni con traje de gabardina y sombrero texano. Y mucho menos con zapatos de resorte. Eso está bien para la cantina, para los de la pelea pasada, para los que ganaron la Revolución y perdieron la pelea pasada. ¡Pinche Revolución! Y luego salen con sus sonrisas y sus bigotitos: «¿Usted es existencialista?» «¿Le gusta el arte figurativo?» «Le deben gustar los calendarios de la Casa Galas.» ¿Y qué de malo tienen los calendarios de la Casa Galas? Pero es que así no se puede edificar a México. Ya lo mandaremos llamar cuando se necesite otro muertito. Jíjole, como que nos madrugaron estos muchachos. Y el Coronel puede que no tenga ni sus cuarenta años y ya está allá arriba. Coronel y licenciado. ¡Pinche Coronel! Con los chinos la cosa está mejor. Allí respetan a los viejos y los viejos mandan. ¡Pinches chales y pinches viejos!

El Coronel vestía de casimir inglés. Usaba zapatos ingleses y camisas hechas a mano. Había asistido a muchos congresos internacionales de policía y leído muchos libros sobre la materia. Le gustaba implantar sistemas nuevos. Decían que por no dar algo, no daba ni la hora. Sus manos eran largas y finas, como de artista.

—Pase, García.

—A sus órdenes, mi Coronel.

—Puede sentarse.

El Coronel encendió un Chesterfield. Nunca ofrecía y

chupaba el humo con todas las fuerzas de sus pulmones, como para no desperdiciar nada.

—Tengo un asunto para usted. Puede que no sea nada serio, pero hay que tomar precauciones.

García no dijo nada. Había tiempo para todo.

—No sé si el asunto está dentro de su línea, García, pero no tengo a nadie más a quien encomendarlo.

Volvió a chupar el cigarro con codicia y dejó escapar el humo lentamente, como si le doliera perderlo.

—Usted conoce a los chinos de la calle de Dolores.

No era una pregunta. Era una afirmación. Este pinche Coronel y licenciado sabe muchas cosas, más de las que uno cree. Por no desprenderse de algo, no olvida nada. ¡Pinche Coronel!

—En algunas ocasiones ha trabajado con el FBI. Por cierto no lo quieren y no les va a gustar que lo destaque para este trabajo. Pero se aguantan. Y no quiero que tenga disgustos con ellos. Tienen que trabajar juntos. Es una orden. ¿Entendido?

—Sí, mi Coronel.

—Y no quiero escándalos ni muertes que no sean estrictamente necesarias. Por eso aún no estoy seguro de que usted sea el indicado para esta investigación.

—Como usted diga, mi Coronel.

El Coronel se puso de pie y fue hacia la ventana. No había nada que ver allí, tan solo el patio de luz del edificio.

¡Pinche Coronel! No quiero muertes, pero bien que me manda llamar a mí. Para eso me mandan llamar siempre, porque quieren muertos, pero también quieren tener las manos muy limpietas. Porque eso de los muertos se acabó con la bola y ahora todo se hace con

la ley. Pero a veces la ley como que no alcanza y entonces me mandan llamar. Antes era más fácil. Quiébrense a ese desgraciado. Con eso bastaba y estaba clarito, muy clarito. Pero ahora somos muy evolucionados, de a mucha instrucción. Ahora no queremos muertos o, por lo menos, no queremos dar la orden de que los maten. Nomás como que sueltan la cosa, para no cargar con la culpa. Porque ahora andamos de mucha conciencia. ¡Pinche conciencia! Ahora como que todos son hombres limpios, hasta que tienen que mandar llamar a los hombres nada más para que les hagan el trabajito.

El Coronel habló desde la ventana:

—En México tan solo tres hombres saben de este asunto. Dos de ellos han leído su expediente, García, y creen que no se le debe confiar la investigación. Dicen que más que un investigador, un policía, es usted un pistolero profesional. El tercero lo apoya para este asunto. El tercero soy yo.

El Coronel se volvió como para recibir las gracias. Filiberto García no dijo una palabra. Había tiempo para todo. El Coronel siguió:

—Lo he propuesto para esta investigación porque conoce bien a los chinos, toma parte en sus jugadas de póker y les encubre sus fumaderos de opio. Con eso me imagino que le tendrán confianza y podrá trabajar entre ellos. Y, además, como ya dije, ha cooperado anteriormente con los del FBI.

—Sí.

—Uno de los dos hombres que se opone a su nombramiento va a venir esta noche a conocerlo. No tiene usted por qué saber cómo se llama. Le advierto que no solo

duda de su capacidad como investigador, sino de su lealtad al gobierno y a México.

Hizo una pausa, como si esperara una protesta de García. Este quiere que le suelte un discurso, pero los discursos de lealtad y patriotismo están bien en la cantina, pero no cuando se trata de un trabajo serio. ¡Pinche lealtad!

—Además, va usted a cooperar con un agente ruso, García.

Los ojos verdes se abrieron imperceptiblemente.

—Ya sé que la combinación le ha de parecer rara, pero el hombre que va a venir, si lo cree oportuno, se la explicará.

García sacó un Delicado y lo encendió. Como no había cenicero cerca, volvió a guardar el fósforo quemado en la cajetilla. El Coronel empujó un cenicero sobre el escritorio, para que le quedara cerca.

—Gracias, mi Coronel.

—Yo creo, García, que usted es un hombre leal a su gobierno y a México. Estuvo en la Revolución con el general Marchena y luego, después de aquel incidente con la mujer, ingresó en la policía del estado de San Luis Potosí. Cuando el general Cedillo se levantó en armas, usted estuvo en su contra. Ayudó al gobierno federal en el asunto de Tabasco y en algunas otras cosas. Ha trabajado bien en la limpieza de la frontera y su labor fue buena cuando los cubanos pusieron ese cuartel secreto.

Sí. La labor fue buena. Maté a seis pobres diablos, los únicos seis que formaban el gran cuartel comunista para la liberación de las Américas. Iban a liberar las Américas desde su cuartel en las selvas de Campeche.

Seis chamacos pendejos jugando a los héroes con dos ametralladoras y unas pistolitas. Y se murieron y no hubo conflicto internacional y los gringos se pusieron contentos, porque se pudieron fotografiar las ametralladoras y una era rusa. Y el Coronel me dijo que esos cuates estaban violando la soberanía nacional. ¡Pinche soberanía! Y tal vez así fuera, pero ya muertos no violaban nada. Dizque también estaban violando las leyes del asilo. ¡Pinches leyes! Y pinche paludismo que agarré andando por aquellas selvas. Y luego para que salieran, en público, con que no debí quebrarlos. Pero yo los mato o ellos me matan, porque le andaban haciendo refuerte al héroe. Y a mí, en esos casos, no me gusta ser el muerto.

Se abrió la puerta y entró un hombre bien vestido, delgado, de cabellos entrecanos y gafas con arillos de oro. El Coronel se adelantó a recibirlo.

—¿Llego a tiempo? —preguntó el hombre.

—Exactamente a tiempo, señor.

—Bien. Nunca me ha gustado hacer esperar a la gente ni que me hagan esperar. En nuestro México no puede haber impuntualidad. Buenas noches...

Sonriente le dio la mano a García. Este se puso de pie. La cortesía del Coronel era contagiosa. La mano del recién llegado era seca y caliente, como un bolillo salido del horno.

—Síntese aquí señor —dijo el Coronel—. Aquí estará cómodo.

El hombre se sentó.

—Gracias, Coronel. Me imagino que ya el señor García estará en antecedentes.

—Le he explicado que le queremos confiar un trabajo

especial, pero que usted y otra persona no creen que sea el adecuado para ello.

—No, mi Coronel, no es así. Tan solo quería conocer al señor García antes de resolver. Hemos leído su hoja de servicios, señor García, y hay en ella algunas cosas que me han impresionado vivamente.

García calló. El hombre sonrió bonachonamente.

—Es usted un hombre que no conoce el miedo, García.

—¿Porque no me da miedo matar?

—Por lo general, señor García, se tiene miedo a morir, pero puede que sea la misma cosa. Francamente, no he experimentado ninguno de los aspectos de la cuestión.

El Coronel intervino:

—García ya ha trabajado anteriormente con el FBI y conoce bien a los chinos de la calle de Dolores. Además nunca me ha fallado en los trabajos que le he dado y es hombre discreto.

El hombre, la sonrisa bonachona en los labios, veía fijamente a García, como si no oyera las palabras del Coronel, como si entre él y García se hubiera establecido ya una conversación distinta. De pronto levantó ligeramente la mano y el Coronel, que iba a decir algo más, calló:

—Señor García —dijo dejando de sonreír—, por sus antecedentes creo que podemos confiar en su absoluta discreción y eso es de capital importancia. Sin embargo hay una cosa que no queda clara en su expediente. ¿Simpatiza con el comunismo internacional?

—No.

—¿Tiene fuertes sentimientos antinorteamericanos?

—Yo cumplo órdenes.

—Pero debe tener algunas filias y algunas fobias. Digo, algunas simpatías o antipatías en el orden político.

—Cumplo las órdenes que se me dan.

El hombre quedó pensativo. Sacó una cigarrera de plata y ofreció.

—Tengo los míos —dijo García.

Sacó un Delicado. El Coronel aceptó los cigarrillos del hombre y encendió con su encendedor de oro. García usó un fósforo. El hombre sonreía nuevamente, pero sus ojos eran fríos, duros:

—Tal vez sea el indicado para esta misión, señor García. No le niego que es importante. Si manejamos mal las cosas, el asunto puede tener muy graves repercusiones internacionales y consecuencias desagradables, por decir lo menos, para México. Claro que no creo que suceda nada. Como siempre en estos casos, hay que basarse en rumores, en sospechas. Pero tenemos que actuar, tenemos que saber la verdad. Y la verdad que llegue usted a averiguar, señor García, solo podemos conocerla el Coronel y yo. Nadie más, ¿entiende?

—Es una orden —dijo el Coronel.

García asintió con la cabeza. El hombre siguió diciendo:

—Le voy a anotar un número de teléfono. Si tiene algo urgente que comunicarme, llame allí. Solo yo contesto ese teléfono. De no contestar y si el asunto lo amerita, llame al Coronel y dígame que quiere hablar conmigo. Él nos pondrá en contacto. Aquí tiene el número.

García tomó la tarjeta. Estaba en blanco, con un número de teléfono escrito a máquina. La vio unos mo-

mentos, la puso sobre el cenicero y la quemó. El hombre sonrió satisfecho.

—El asunto es el siguiente: dentro de tres días, como seguramente sabe, el presidente de Estados Unidos vendrá de visita a México. Estará tres días en la capital. Si necesita el programa de actividades de la visita, se lo puede pedir al Coronel. Ya es del dominio público. De todos modos, no creo que lo necesite. La protección de los dos presidentes, el visitante y el nuestro, está encomendada a la policía mexicana y al Servicio Secreto norteamericano. Usted no tendrá nada que ver con eso que es ya un asunto rutinario, de especialistas, digamos. Se han tomado todas las precauciones lógicas y ya están identificadas y vigiladas todas aquellas personas que, creemos, pudieran representar un peligro.

El hombre hizo una pausa para apagar su cigarrillo. Daba la impresión de estar buscando las palabras exactas para explicar el caso y de que le daba trabajo el encontrarlas. El Coronel lo veía impasible.

—Una visita de este tipo siempre implica una grave responsabilidad para el gobierno que ha invitado a un mandatario extranjero. Además, debemos tener presente que, de haber un atentado, nuestro presidente estará también en peligro. Y algo más: la paz del mundo está en juego. No sería esta la primera guerra que empezara con el asesinato de un Jefe de Estado. Y tenemos también el antecedente de lo sucedido en Dallas. Por eso verá, señor García, que, aunque se trata tan solo de un rumor, no podemos dejar de atenderlo... No podemos arriesgarnos en nada. Y nos ha llegado un rumor muy grave.

Hizo una pausa, como para que sus palabras permea-

ran profundamente. García estaba inmóvil, los ojos semicerrados.

—Insisto, señor García, en que se trata tan solo de un rumor. Por eso hay que tratarlo con toda discreción. Si no hay nada de cierto en ello, lo olvidamos y eso es todo. La prensa no se habrá enterado y no ofenderemos a un país con el cual, aun cuando no tenemos relaciones diplomáticas, tenemos un incipiente comercio. Por lo tanto la discreción es fundamental. ¿Me entiende?

—Sí.

El hombre seguía dudando con las palabras. Daba la impresión de no querer decir su secreto. Encendió un nuevo cigarrillo:

—Ante todo tenemos que averiguar lo que haya de cierto en ese rumor y, de haber algo, obrar con rapidez para evitar el desastre. Y también el escándalo, que no nos beneficiaría. Esa es una de las razones por las que he resuelto encomendarle esta misión. Usted no busca la publicidad en sus asuntos.

—No son cosas para los periódicos.

—Eso es. Esto tampoco es para los periódicos. Veo que nos entendemos.

—Ya le decía, señor, que García era el indicado — dijo el Coronel.

El hombre pareció no haber oído:

—El caso es este. Un alto funcionario de la embajada rusa se ha acercado a nosotros y nos ha contado una historia extraña. Tome usted en cuenta que los rusos no acostumbran contar cosas, sean extrañas o no. Por eso lo hemos oído con cuidado. Según la embajada rusa, el Servicio Secreto de la Unión Soviética se enteró, hará unas tres semanas, cuando se empezó a planear la visita

del presidente de Estados Unidos a México, de que en China comunista, esto es, en la República Popular China, se planeaba un atentado en contra de él, aprovechando esta visita. Nos informan que el rumor se captó por primera vez en la Mongolia Exterior. Posteriormente, hará diez días, se volvió a captar en Hong Kong y se supo, parece que en fuentes fidedignas, que habían pasado por esa Colonia Británica, rumbo a América, tres terroristas al servicio de China. Observe usted que digo al servicio de China y no chinos. Según la policía rusa, uno de ellos puede que sea norteamericano renegado y los otros dos son de la Europa Central. No sabemos qué pasaportes tengan. En Hong Kong se consiguen pasaportes de cualquier país del mundo. Claro está que ya hemos ordenado una vigilancia estricta en las fronteras, pero no sabemos si ya han entrado a México o si se presentarán con una inocente tarjeta de turista y su pasaporte falso. Como ya le he dicho, tenemos bajo nuestra vigilancia a todos los extranjeros y nacionales que, por sus antecedentes o su ideología, puedan representar un peligro. Muchos de ellos, mientras se lleva a cabo la visita, harán un viaje de algunos días, por nuestra cuenta. Pero diariamente entran a México, en promedio, unos tres mil turistas. Sería completamente imposible tratar de vigilarlos a todos. Así las cosas, la única solución parecía ser la de cuidar más celosamente aún las personas de los dos presidentes durante la visita, usar automóviles a prueba de bala y demás.

El hombre tenía ahora la cara triste, como si el tomar esas medidas le repugnara. Apagó el cigarrillo que casi no había fumado y siguió:

—Esta mañana los rusos nos informaron de algo más. Parece ser que los terroristas tienen órdenes de entrar en contacto aquí en México con algún chino que es agente del gobierno del presidente Mao Tse Tung. Aquí se les dará el material que piensan utilizar en su fechoría, ya que sería peligroso tratar de pasarlo por la frontera. ¿Ha entendido?

—Sí.

—Pues bien, señor García, tenemos que saber si existe ese chino en México y si ese rumor del complot es cierto, y tenemos tres días para averiguarlo.

—Entiendo.

—Y ese va a ser su trabajo. Va a mezclarse con los chinos, va a captar cualquier rumor sobre gente nueva que haya llegado o movimientos entre ellos.

—¿Y si el rumor es cierto y encuentro a los terroristas?

—Obrará usted, en ese caso, como le parezca adecuado.

—Comprendo.

—Y sobre todo, discreción. Si... Si hay que obrar en forma violenta, haga lo imposible porque no se sepa la causa de esa violencia.

—Entiendo.

El hombre pareció haber terminado. Se iba a poner de pie cuando recordó otro asunto:

—Hay otra cosa. Con anuencia de los rusos, hemos notificado a la embajada americana e insisten en que trabaje usted en contacto con un agente del FBI.

—Correcto.

—Y los rusos quieren también que uno de sus agentes, que sabe bastante del asunto, coopere con usted.

—¿Y usted quiere que coopere con ellos?

—Hasta donde sea discreto, señor García. Hasta donde sea conveniente. El agente americano se llama Richard P. Graves. Estará mañana a las diez en punto en el mostrador de la tabaquería que queda a la entrada del Sanborns de Lafragua. A esas horas pedirá unos cigarrillos Lucky Strike. Lo saludará con un abrazo, como si fuera un muy viejo amigo suyo.

—Entendido.

—El ruso se llama Iván M. Laski y estará a las doce en el Café París, en la calle Cinco de Mayo, sentado en la barra, al fondo, tomando un vaso de leche. ¿Entendido?

—Sí.

—Ustedes mismos fijarán la forma como han de trabajar juntos. Y no olvide tenerme informado del progreso de sus investigaciones. Le vuelvo a repetir que nos quedan tan solo tres días y que, en ellos, debe quedar aclarado el asunto.

El hombre se puso de pie. García hizo otro tanto.

—Comprendido, señor Del Valle.

—¿Me conoce?

—Sí.

—Ya le decía, Coronel, que era tonto eso de tratar de ocultarle mi nombre al señor García. Ahora, lo único que tengo que rogarle, es que lo olvide.

García preguntó:

—¿El gringo y el ruso saben quién soy?

—Naturalmente.

Del Valle fue hacia la puerta. El Coronel se adelantó a abrirla.

—Buenas noches, señor Del Valle.

—Preferiría, Coronel, que se siguiera omitiendo el uso de mi nombre. Buenas noches.

El hombre salió, la sonrisa bonachona en los labios, los ojos fríos. El Coronel cerró la puerta y se volvió a García.

—No debió decirle que lo conocía.

García se encogió de hombros.

—Quería tener su identidad oculta. Ocupa un cargo de gran responsabilidad...

—Entonces hubiera dado sus órdenes por teléfono o a través de usted, mi Coronel.

—Quería conocerlo personalmente.

—Pues ya tuvimos el gusto. ¿Algo más?

—¿Entendió bien sus instrucciones?

—Sí. Buenas noches, mi Coronel. Nomás una cosa...

—Diga.

—¿Por qué tanto misterio para encontrar al gringo y al ruso? Podría ir a su hotel o a donde estén.

—Así son las órdenes.

—Buenas noches, mi Coronel.